

Benito Pérez Galdós

El 19 de marzo y el 2 de mayo

Episodios Nacionales, 3
Primera serie



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1976
Tercera edición: 2015
Quinta reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Louis-François Lejeune: *La resistencia española* (detalle).
Museo Nacional del Palacio de Versalles
© Erich Lessing/Album
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9385-9
Depósito legal: M. 26.638-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno
15	Dos
24	Tres
28	Cuatro
36	Cinco
44	Seis
53	Siete
66	Ocho
72	Nueve
80	Diez
88	Once
94	Doce
100	Trece
105	Catorce
110	Quince
116	Dieciséis
127	Diecisiete
131	Dieciocho
141	Diecinueve
144	Veinte
154	Veintiuno
161	Veintidós
169	Veintitrés
177	Veinticuatro
182	Veinticinco

189	Veintiséis
196	Veintisiete
201	Veintiocho
209	Veintinueve
214	Treinta
219	Treinta y uno
224	Treinta y dos
230	Treinta y tres
237	Treinta y cuatro

Uno

En marzo de 1808, y cuando habían transcurrido cuatro meses desde que empecé a trabajar en el oficio de cajista, ya componía con mediana destreza, y ganaba tres reales por ciento de líneas en la imprenta del *Diario de Madrid*. No me parecía muy bien aplicada mi laboriosidad, ni de gran porvenir la carrera tipográfica; pues aunque toda ella estriba en el manejo de las letras, más tiene de embrutecedora que de instructiva. Así es que, sin dejar el trabajo ni aflojar mi persistente aplicación, buscaba con el pensamiento horizontes más lejanos y esfera más honrosa que aquella de nuestra limitada, oscura y sofocante imprenta.

Mi vida al principio era tan triste y tan uniforme como aquel oficio, que en sus rudimentos esclaviza la inteligencia sin entretenerla; pero cuando había adquirido alguna práctica en tan fastidiosa manipulación, mi espíritu aprendió a quedarse libre, mientras las veinticinco letras, escapándose por entre mis dedos, pasaban de la caja al molde. Bastábame, pues, aquella libertad para soportar con paciencia la es-

clavitud del sótano en que trabajábamos, el fastidio de la composición y las impertinencias de nuestro regente, un negro y tizado cíclope, más propio de una herrería que de una imprenta. Necesito explicarme mejor. Yo pensaba en la huérfana Inés, y todos los organismos de mi vida espiritual describían sus amplias órbitas alrededor de la imagen de mi discreta amiga, como los mundos subalternos que voltean sin cesar en torno del astro que es base del sistema. Cuando mis compañeros de trabajo hablaban de sus amores o de sus trapicheos, yo, necesitando comunicarme con alguien, les contaba todo sin hacerme de rogar, diciéndoles:

—Mi amiga está en Aranjuez con su reverendo tío, el padre don Celestino Santos del Malvar, uno de los mejores latinos que ha echado Dios al mundo. La infeliz Inés es huérfana y pobre; pero no por eso dejará de ser mi mujer, con la ayuda de Dios que hace grandes a los pequeños. Tiene dieciséis años, es decir, uno menos que yo, y es tan linda, que avergüenza con su carita a todas las rosas del Real Sitio. Pero díganme ustedes, señores: ¿qué vale su hermosura comparada con su talento? Inés es un asombro, es un prodigio; Inés vale más que todos los sabios, sin que nadie le haya enseñado nada. Todo lo saca de su cabeza, y todo lo aprendió hace cientos de miles de años.

Cuando no me ocupaba en estas alabanzas, departía mentalmente con ella. En tanto, las letras pasaban por mi mano, trocándose de brutal y muda materia en elocuente lenguaje escrito. ¡Cuánta animación en aquella masa caótica! En la caja, cada signo parecía representar los elementos de la creación, arrojados aquí y allí, antes de empezar la grande obra. Poníalos yo en movimiento, y de aquellos pedazos de plomo surgían sílabas, voces, ideas, juicios, frases, oraciones, períodos, párrafos, capítulos, discursos, la pala-

bra humana en toda su majestad; y después, cuando el molde había hecho su papel mecánico, mis dedos lo descomponían, distribuyendo las letras; cada cual se iba a su casilla, como los simples que el químico guarda después de separados; los caracteres perdían su sentido, es decir, su alma, y tornando a ser plomo puro, caían mudos e insignificantes en la caja.

¡Aquellos pensamientos y este mecanismo todas las horas, todos los días, semana tras semana, mes tras mes!... Verdad es que las alegrías, el inefable gozo de los domingos compensaban todas las tristezas y angustiosas cavilaciones de los demás días. ¡Ah! Permitid a mi ancianidad que se extasíe con tales recuerdos; permitid a esta negra nube que se alboroce y se ilumine traspasada por un rayo de sol. Los sábados eran para mí de una belleza incomparable; su luz me parecía más clara; su ambiente, más puro, y en tanto, ¿quién podía dudar que los rostros de las gentes eran más alegres y el aspecto de la ciudad más alegre también?

Pero la alegría no estaba sino en mi alma. El sábado es el precursor del domingo, y a eso del mediodía comenzaban mis preparativos del viaje, de aquel viaje al Cielo que mi imaginación renueva hoy, sesenta y cinco años después. Aún me parece que estoy tratando con los trajineros de la calle Angosta de San Bernardo sobre las condiciones del viaje; me ajusto al fin, y no puedo menos de disertar un buen rato con ellos acerca de las probabilidades de que tengamos una hermosa noche para la expedición. En seguida me lavo una, dos, tres, cuatro veces, hasta que desaparezcan de mi cara y manos las últimas huellas de la aborrecida tinta, y me paseo por Madrid esperando que llegue la noche. Duermo un poco, si la inquietud me lo permite, y cuando el reloj del Buen Suceso da las doce campanadas más alegres que han

retumbado en mi cerebro, me visto a toda prisa con mi traje nuevo, corro al lado de aquellos buenos arrieros, que son, sin disputa, los mejores hombres de la tierra; subo al carro-mato, y ya estoy en viaje.

Con voluble atención observo todos los accidentes del camino, y mis preguntas marean y enfadan a los conductores. Pasamos el Puente de Toledo; dejamos a la derecha mano los caminos de Carabanchel y de Toledo, el portazgo de las Delicias, el ventorrillo de León; las ventas de Villaverde van quedando a nuestra espalda; dejamos a la derecha los caminos de Getafe y de Parla, y en la venta de Pinto descansan un poco las caballerías. Valdemoro nos ve pasar por su augusto recinto, y la casa de Postas de Espartinas ofrece nuevo descanso a las perezosas mulas. Por fin, nos amanece bajando la cuesta de la Reina, desde donde la vista abarca toda la extensión del inmenso valle en que se juntan Tajo y Jarama; atravesamos el famoso puente largo; entramos más tarde en la calle larga, y al fin ponemos el pie en la plaza del Real Sitio.

Mis miradas buscan entre los árboles y sobre las techumbres la modesta torre de la iglesia. Corro allá. El señor don Celestino está en la misa, que, por ser día festivo, es cantada. Desde la puerta oigo la voz del tío de Inés, que exclama: *Gloria in excelsis Deo*. Yo también canto *gloria* en voz baja, y entro en la iglesia. Una alegría solemne y grave, que da idea de la bienaventuranza eterna, llena aquel recinto y se reproduce en mi alma como en un espejo. Los vidrios incoloros permiten que entre abundante luz y que se desparrame por la bóveda desnuda, sin más pinturas que las del yeso mate. El altar mayor es todo oro; los santos y retablos, todos polvo: en el primero veo al santo varón, que se vuelve hacia el pueblo y abre sus brazos; después consume; suenan las

campanillas dentro, y las campanas fuera; se arrodillan todos, golpeándose el pecho pecador. El oficio adelanta y concluye; durante él he mirado sin cesar los grupos de mujeres sentadas en el suelo y de espaldas a mí; entre aquellos centenares de mantillas negras distingo la que cubre la hermosa cabeza de Inés. La conocería entre mil.

Inés se levanta cuando todo ha concluido, y sus ojos me buscan entre los hombres, como los míos la buscan entre las mujeres. Por fin me ve, nos vemos; pero no nos decimos una palabra. Le ofrezco agua bendita, y salimos. Parece que nuestras primeras palabras al vernos juntos han de ser arrebatadas y vehementes; pero no decimos cosa alguna que no sea insignificante. Nos reímos de todo.

La casa está a espalda de la iglesia, y entramos en ella cogidos de las manos. Hay un patio con un ancho corredor, en cuyos gruesos pilares retuerce sus brazos negros, ásperos y leñosos una vieja parra, junto a un jazmín que aguarda la primavera para echar al mundo sus mil flores. Subimos, y allí nos recibe don Celestino, cuyo cuerpo no se cubre ya con la sotana verdinegra de antaño, sino con otra flamante. Comemos juntos, y luego los tres, Inés y yo delante, él detrás, apoyándose en un bastón, nos vamos a pasear al jardín del Príncipe, si hace buen tiempo y los pisos están secos. Inés y yo charlamos con los ojos o con las palabras; pero no quiero referir ahora nuestros poemas. A cada instante, el padre Celestino nos dice que no andemos tan aprisa, porque no puede seguirnos, y nosotros, que deseáramos volar, detenemos el paso. Por último, nos sentamos a orillas del río, y en el sitio en que el Tajo y el Jarama, encontrándose de improviso, y cuando seguramente el uno no tenía noticias de la existencia del otro, se abrazan y confunden sus aguas en una sola corriente, haciendo de dos vidas una sola. Tan

exacta imagen de nosotros mismos, no puede menos de ocurrírsele a Inés al mismo tiempo que a mí.

El día se va acabando, porque, aunque a nuestros corazones les parezca lo contrario, no hay razón ninguna para que se altere el sistema planetario, dando a aquel día más horas que las que le corresponden. Viene la tarde, el crepúsculo, la noche, y yo me despido para volver a mis galeras; estoy pensativo, hablo mil desatinos, y a veces me parece que me siento muy alegre, a veces muy triste.

Regreso a Madrid por el mismo camino, y vuelvo a mi posada. Es lunes, día que tiene un semblante antipático, día de somnolencia, de malestar, de pereza y aburrimiento; pero necesito volver al trabajo, y la caja me ofrece sus letras de plomo, que no aguardan más que mis manos para juntarse y hablar; pero mi mano no conoce en los primeros momentos sino cuatro de aquellos negros signos, que al punto se reúnen para formar este solo nombre: *Inés*.

Siento un golpe en el hombro: es el cíclope o regente, que me llama holgazán y me pone delante un papelejo manuscrito que debo componer al instante. Es uno de aquellos interesantes y conmovedores anuncios del *Diario de Madrid*, que dice: «Se necesita un joven de diecisiete a dieciocho años, que sepa de cuentas, afeitarse, algo de peinar, aunque sólo sea de hombre, y guisar si se ofreciere. El que tenga estas partes y además buenos informes, puede dirigirse a la calle de la Sal, número 5, frente a los peñeros, lonja de lamería y pañolería de don Mauro Requejo, donde se tratará del salario y demás».

Al leer el nombre del tendero, un recuerdo viene a mi mente.

—Don Mauro Requejo —digo—. Yo he oído este nombre en alguna parte.

Dos

He recordado días tan felices, y ahora me corresponde contar lo que me pasó en uno de aquellos viajes. No se olvide que he empezado mi narración en marzo de 1808 y cuando yo había honrado el Real Sitio con diez o doce de mis visitas. En el día a que me refiero llegué cuando la misa había concluido, y desde el portal de la casa un armonioso son de flauta me anunció que don Celestino estaba tan alegre como de costumbre, señal de que nada desagradable ocurría en la modesta familia. Inés salió a recibirme, y hechos los primeros cumplidos, me dijo:

–El tío Celestino ha recibido una carta de Madrid que le ha puesto muy alegre.

–¿De quién? –pregunté.

–No me lo ha dicho su merced, ni tampoco lo que la carta reza; pero él está contento y... dice que la carta trae muy buenas noticias para mí.

–Eso es particular –añadí confundido–. ¿Quién puede escribir desde Madrid cartas que a ti te traigan buenas noticias?

–No sé; pero pronto saldremos de dudas –repuso Inés–. El tío me dijo: «Cuando venga Gabriel y nos sentemos a la mesa, os contaré lo que dice la carta. Es cosa que interesa a los tres: a ti principalmente, porque eres la favorecida; a mí porque soy tu tío, y a él porque va a ser tu novio cuando tenga edad para ello».

No hablamos más del caso, y entré en el cuarto del buen sacerdote y humanista. Una cama, cubierta de blanquísima colcha rameada de verde, ocupaba el primer puesto en el reducido local. La mesa de pino, con dos o tres sillas que le servían de simétrica compañía, llenaba el resto, y aún quedaba espacio para una cómoda estrambótica, con chapas y

remiendos de diversos palos y metales. Completaban tan modesto ajuar un crucifijo y una virgen vestida de terciopelo y acribillada de espadas y rayos, ambas imágenes con sendos ramos de carrasca o de olivo clavados en varios agujeritos que para el caso tenían las peanas. Los libros, que eran muchos, no cubrían, por el orden de su colocación, más que media mesa y media cómoda, dejando hueco para algunos papeles de música y otros en que borrajaba versos latinos el buen cura. Desde la ventana se veía un huerto no mal cultivado, y a lo lejos las elevadas puntas de aquellos olmos eminentes que guarnecen, como hileras de gigantes centinelas, todas las avenidas del Real Sitio. Tal era la habitación del padre Celestino.

Sentámonos los tres, y el tío de Inés me dijo:

—Gabrielillo: tengo que leerte una poesía latina que he compuesto en loor del serenísimo señor Príncipe de la Paz, mi paisano, amigo y aun creo que pariente. Me ha costado una semanita de trabajo; que componer versos latinos no es soplar a los buñuelos. Verás, te la voy a leer, pues aunque tú no eres hombre de letras, qué sé yo..., tienes un pícaro gancho para comprender las cosas... Luego pienso enviarla a Sánchez Barbero, el primero de los poetas españoles desde que hay poesía en España; y no me hablen a mí de fray Luis de León, de Rioja, de Herrera ni de todos esos que computieron en romance. Fruslerías y juegos de chicos. Un verso latino de Sánchez Barbero vale más que toda esa jerga de epístolas, sonetos, silvas, églogas, canciones con que se emboba el vulgo ignorante... Pero vuelvo a lo que decía, y es que antes que aquel fénix de los modernos ingenios la examine, quiero leértela a ti, a ver qué te parece.

—Pero, señor don Celestino, si yo no sé ni una palabra en latín, a no ser *Dominus vobiscum* y *bóbilis bóbilis*.

–Eso no importa. Precisamente, los profanos son los que mejor pueden apreciar la armonía, la rimbombancia, el *ore rotundo* con que tales versos deben escribirse –dijo el clérigo con tenacidad implacable.

Inés me dirigió una mirada en que me recomendaba, con su habitual sabiduría, la abnegación y la paciencia para soportar al prójimo impertinente. Ambos prestamos atención, y don Celestino nos leyó unos cuatrocientos versos, que sonaban en mi oído como una serie de modulaciones sin sentido. Él parecía muy satisfecho y a cada instante interrumpía su lectura para decirnos:

–¿Qué os parece este pasajillo? Inés a esa figura llamamos *litote*, y a este paloteo de las palabras para imitar los ruidos del mar tempestuoso de la nación cuando lo surca la nave del Estado, diestramente guiada por el timonel que yo me sé, se llama *onomatopeya*, la cual figura va encajada en otra, que es la *alegoría*.

Así nos fue leyendo toda la composición de la cual figurase ustedes lo que entenderíamos. Aún conservo en mi poder la obra de nuestro amigo, que empieza así:

*Te, Godoie, canam: pacis tua munera cælo
 Inserere ægrediar: per te Pax alma biformem
 Vincla recusantem conduxit carcere Janum.*

.....

Cuatrocientos versos por este estilo nos tragamos Inés y yo, siendo de notar que ella atendía a la lectura con tanta formalidad como si la comprendiera, y aun en los pasajes más ruidosos hacía señales de asentimiento y elogio para contentar al pobre viejo: ¡tal era su discreción!

–Puesto que os ha agradado tanto, hijos míos –dijo don Celestino guardando su manuscrito–, otro día os leeré parte del poema. Lo dejo para mejor ocasión, y así se comparte el placer entre varios días, evitando el empacho que produce la sucesión de manjares demasiado dulces y apetitosos.

–¿Y piensa usted leérsela también al Príncipe de la Paz?

–¿Pues para qué la he escrito? A Su Alteza Serenísima le encantan los versos latinos..., porque es un gran latino..., y pienso darle un buen rato uno de estos días. Y a propósito, ¿qué se dice por Madrid? Aquí está la gente bastante alarmada. ¿Pasa allá lo mismo?

–Allá no saben qué pensar. Figúrese usted, la cosa no es para menos. Temen a los franceses, que están entrando en España a más y mejor. Dicen que el Rey no dio permiso para que entrara tanta gente, y parece que Napoleón se burla de la Corte de España, y no hace maldito caso de lo que trató con ella.

–Es gente de pocos alcances la que tal dice –repuso don Celestino–. Ya saben Godoy y Bonaparte lo que se hacen. Aquí todos quieren saber tanto como los que mandan; de modo que se oyen unos disparates...

–Lo de Portugal ha resultado muy distinto de lo que se creía. Un general francés se plantó allá, y cuando la Familia Real se marchó para América, dijo: «Aquí no manda nadie más que el Emperador, y yo en su nombre. Vengan cuatrocientos milloncitos de reales; vengán los bienes de los nobles que se han ido al Brasil con la Familia Real».

–No juzguemos por las apariencias –dijo don Celestino–; sabe Dios lo que habrá en eso.

–En España van a hacer lo mismo –añadí–; y como los Reyes están llenos de miedo, y el Príncipe de la Paz tan aturullado, que no sabe qué hacer...

—¿Qué estás diciendo, tontuelo? ¿Cómo tratas con tan poco respeto a ese espejo de los diplomáticos, a esa natilla de los ministros? ¿Que no sabe lo que se hace?

—Lo dicho, dicho. Napoleón les engaña a todos. En Madrid hay muchos que se alegran de ver entrar tanta tropa francesa, porque creen que viene a poner en el trono al príncipe Fernando. ¡Buenos tontos están!

—¡Tontos, mentecatos, imbéciles! —exclamó con enfado el padre Celestino.

—Lo que fuere sonará. Si vienen con buen fin esos caballeros, ¿por qué se apoderan por sorpresa de las principales plazas y fortalezas? Primero se metieron en Pamplona, engañando a la guarnición; después se colaron en Barcelona, donde hay un castillo muy grande que llaman el Montjuich. Después fueron a otro castillo que hay en Figueras, el cual no es menos grande, el mayor del mundo, según dice Pacorro Chinitas, y lo cogieron también, y, por último, se han metido en San Sebastián. Digan lo que quieran, esos hombres no vienen como amigos. El ejército español está trinando; sobre todo, hay que oír a los oficiales que vienen del norte y han visto a los franceses en las plazas fuertes...; le digo a usted que echan chispas. El Gobierno del rey Carlos IV está que no le llega la camisa al cuerpo, y todos conocen la barbaridad que han hecho dejando entrar a los franceses; pero ya no tiene remedio... ¿Sabe usted lo que se dice por Madrid?

—¿Qué, hijo mío? Sin duda, alguna de esas vulgarísimas aberraciones propias de entendimientos romos. Ya lo he dicho: nosotros no entendemos de negocios de Estado. ¿A qué viene el comentar las combinaciones y planes de esos hombres eminentes, que se desviven por hacernos felices?

—Pues allá dicen que la Familia Real de España, viéndose cogida en la red por Bonaparte, ha determinado marcharse

a América, y que no tardará en salir de Aranjuez para Cádiz. Por supuesto, los partidarios del príncipe Fernando se alegran, y creen que esto les viene de perillas para que el otro suba al trono.

—¡Necios, mentecatos! —exclamó el tío de Inés incomodándose de nuevo—. ¡Pensar que había de consentir tal cosa el señor Príncipe de la Paz, mi paisano, mi amigo y aun creo que pariente!... Pero no nos incomodemos fuera de tiempo, Gabriel, y por cosas que no hemos de resolver nosotros. Vamos a comer, que ya es hora, y el cuerpo lo pide.

Inés, que se había retirado un momento antes, volvió a decirnos que la comida estaba pronta. Durante ella, el respetable cura nos comunicó el contenido de la misteriosa carta que había llegado a la casa por la mañana.

—Hijos míos —dijo cuando los tres habíamos tomado asiento—, voy a participaros un suceso feliz; tú, Inesilla, regocíjate. La fortuna se te entra por las puertas, y ahora vas a ver cómo Dios no abandona nunca a los desvalidos y menesterosos. Ya sabes que tu buena madre, que santa gloria haya, tenía un primo llamado don Mauro Requejo, comerciante en telas, cuya lonja, si no me engaño, cae hacia la calle de Postas, esquina a la de la Sal.

—Don Mauro Requejo... —dije yo recordando—, justamente. Doña Juana le nombró delante de mí varias veces, y ahora caigo en que ese comerciante pone en el *Diario* unos anuncios que me dan bastante que hacer.

—Le recuerdo —dijo Inés—. Él y su hermana eran los únicos parientes que tenía mi madre en Madrid. Por cierto que siempre se negó a favorecernos, aunque lo necesitábamos bastante: dos veces le vi en casa. ¿Creería su merced que fue a consolarnos, a socorrernos? No; fue a que mi madre le hiciera algunas piezas de ropa, y después de regatear el precio,

no pagó más que la mitad de lo tratado, y decía: «De algo ha de servir el parentesco». Él y su hermana no hablaban más que de su honradez, o de lo mucho que habían adelantado en el comercio, y nos echaban en cara nuestra pobreza, prohibiéndonos que fuéramos a su casa mientras no nos encontráramos en posición más desahogada.

—Pues digo —afirmé con enfado— que ese don Mauro y su señora hermana son dos grandísimos pillos.

—Poco a poco —continuó el cura—. Déjeme acabar. El primo de tu madre habrá faltado; pero lo que es ahora, sin duda, Dios le ha tocado en el corazón, y se dispone a enmendar sus yerros, favoreciéndote como buen pariente y hombre caritativo. Ya sabes que es bastante rico, gracias a su laboriosidad y mucha economía. Pues bien: en la carta que he recibido esta mañana, me dice que quiere recogerte y ampararte en su casa, donde estarás como una reina; donde no te faltará nada, ni aun aquello de que gustan tanto las damiselas del día, tal como joyas, trajes bonitos, perfumes primorosos, guantes y otras fruslerías. En fin, Dios se ha acordado de ti, sobrinita. ¡Ah! ¡Si vieras qué interés tan grande demuestra por ti en sus cartas; qué alabanzas tan calurosas hace de tus méritos; si vieras cómo te pone por esas nubes, cómo lamenta tu orfandad y cómo se enternece considerando que eres de su misma sangre, y que, a pesar de esta natural preeminencia, careces de lo que a él le sobra! Te repito que, trabajando mucho y ahorrando más, el señor Requejo ha llegado a ser muy rico. ¡Qué porvenir te espera, Inesilla! El párrafo más conmovedor de la carta de tus tíos —añadió sacando la epístola— es éste: «¿A quién hemos de dejar lo que tenemos sino a nuestra querida sobrinita?».

Inés, confundida ante tan inesperado cambio en los sentimientos y en la conducta de sus antes cruelísimos parien-

tes, no sabía qué pensar. Me miró, buscando, sin duda, en mis ojos algo que le diera luz sobre tan inexplicable mudanza; mas yo, que algo creía comprender, me guardé muy bien de dejarlo traslucir ni con palabras ni con gestos.

—Estoy asombrada —dijo la muchacha—; y por fuerza, para que mis tíos me quieran tanto, ha de haber algún motivo que no comprendemos.

—No hay más sino que Dios les ha abierto los ojos —dijo don Celestino, firme en su ingenuo optimismo—. ¿Por qué hemos de pensar mal de todas las cosas? Don Mauro es un hombre honrado; podría tener sus defectillos; pero ¿qué valen esos ligeros celajes del alma cuando está iluminada por los resplandores de la caridad?

Inés, mirándome, parecía decirme:

—¿Y tú, qué piensas?

Algunos meses antes de aquel suceso, yo hubiera acogido las proposiciones de don Mauro Requejo con el imprevisor optimismo, con el necio entusiasmo que aflúan de mi alma juvenil ante los acontecimientos nuevos e inesperados; pero los contratiempos me habían dado alguna experiencia: conocía yo los rudimentos de la ciencia del corazón, y el mío principiaba a reunir ese tesoro de desconfianzas, merced a las cuales medimos los pasos peligrosos de la vida. Así es que respondí sencillamente:

—Puesto que ese tu reverendo tío era antes un bribón, no sé por qué hemos de creerle santo ahora.

—Tú eres un chicuelo sin experiencia —me dijo don Celestino algo enojado—, y yo no debiera consultar esto contigo. ¡Si sabré yo distinguir lo verdadero de lo falso! Y sobre todo, Inés, si él quiere favorecerte poniéndote en pie de gente grande; si él quiere gastarse sus ahorros con su querida sobrina, ¿por qué no lo has de aceptar? Mucho más podría de-

cirte; pero él mismo en persona te explicará mejor el gran cariño que te tiene.

–Pues qué –preguntó Inés turbada–, ¿vendrá a Aranjuez?

–Sí, chiquilla –repuso el clérigo–. Yo te reservaba esta noticia para lo último. El domingo próximo tendrás el gusto de ver aquí a tu amado tío y protector. ¡Ah Inés! Mucho sentiré separarme de ti; pero servirame de consuelo la idea de que estás contenta, de que disfrutas mil comodidades que yo no te puedo dar. Y cuando este viejo incapaz eche un paseíto a Madrid para visitarte, espero que le recibirás con alegría y sin orgullo; espero que no te ofuscará la ruin vanidad al considerarte en posición superior a la mía, porque, tío por tío, hermano soy de tu difunto padre, mientras que el otro...

Don Celestino estaba conmovido, y yo también, aunque por distinta causa.

–Sí –continuó el cura–. Dentro de ocho días tendremos aquí a ese eminente tendero de la calle de la Sal. Me dice que, habiendo comprado unas tierras en Aranjuez, junto a la laguna de Ontígola, vendrá con el doble objeto de conocer su finca y de verte. Él espera que irás a Madrid en su compañía y en la de su hermana doña Restituta, a quien también tendremos el gusto de ver en casa.

Después de oír esto, todos callamos. Revolviendo en mi cabeza extraños y no muy alegres pensamientos, dije a Inés:

–Pero ese hombre, ¿es casado?

Ella leyó en mi interior con su intuición incomparable, y me respondió con viveza:

–Es viudo.

Después volvimos a callar, y sólo don Celestino, tarareando una antifona, interrumpía nuestro grave silencio.

Tres

Tristísimo sobre toda ponderación me volví a Madrid, y pasé toda la semana meditando y como alelado, deseando y temiendo que el domingo siguiente llegase, porque de un lado la curiosidad y de otro el temor solicitaban mi espíritu. Tan grande era mi sobresalto en la noche del sábado, que no pegué los ojos, y de madrugada me fui al mesón de la calle de la Aduana a buscar un acomodo en cualquier galera que partiese para el Real Sitio. Mi escasez de numerario me puso en peligro de no poder ir, lo que me desesperaba y afligía extraordinariamente.

Pero con ruegos y razones sutilísimas, unidas al poco dinero que tenía, logré ablandar el corazón duro de un carromatero, que al fin consintió en llevarme. Las tres mulas emplearon no sé si un siglo en el viaje. Yo temía que se me adelantaran los tíos de Inés; pero no fue así. Cuando llegué, don Celestino estaba en la misa mayor; entré en la iglesia lo mismo que los domingos anteriores; pero el templo me pareció triste y fúnebre. Al salir di agua bendita a Inés, esperamos al buen párroco en la puerta de la sacristía y nos fuimos los tres a la casa. ¡Cosa singular! No hablamos nada por el camino. Los tres suspirábamos. Durante la comida, traté de animar a los demás con fingido buen humor; pero no pude conseguirlo. Viendo la tardanza de la anunciada visita, yo creía que los Requejos no vendrían; pero mi alegría se dispó cuando estábamos concluyendo de comer. De improviso, sentimos ruido de voces en el patio de la casa; levantámonos, y saliendo yo al corredor, oí una voz hueca y áspera que decía: «¿Vive aquí el latino y músico don Celestino Santos del Malvar, cura de la parroquia?».

Don Mauro Requejo y su hermana doña Restituta, tíos de Inés, habían llegado.

Entraron en la habitación donde estábamos, y al punto que don Mauro vio a su sobrina, dirigióse a ella con los brazos abiertos, y al estrecharla entre ellos, exclamó, endulzando la voz:

—¡Inés de mi alma, inocente hija de la pobre Juana! Al fin, al fin te veo. Bendito sea Dios que este consuelo me da. ¡Qué linda eres! Ven, déjame que te abrace otra vez.

Doña Restituta hizo lo mismo, pero exagerando hasta lo sumo el mohín lacrimoso de su rostro, así como la apretura de sus brazos; y luego que ambos hubieron desahogado sus amantes corazones, saludaron a don Celestino, quien no pudo menos de derramar algunas lágrimas al ver tal explosión de sensibilidad. Por mi parte, de buena gana habría correspondido con bofetones a los abrazos con que estrujaban a Inés aquellos gansos, cuya descripción no puedo menos de considerar ahora como indispensable.

Don Mauro Requejo era un hombre izquierdo. Creo que no necesito decir más. ¿No habéis entendido? Pues lo explicaré mejor. ¿Ha sido la Naturaleza o es la costumbre quien ha dispuesto que una mitad del cuerpo humano se distinga por su habilidad y la otra mitad por su torpeza? Una de nuestras manos es inepta para la escritura, y en los trabajos mecánicos sólo sirve para ayudar a su experta compañera, la derecha. Ésta hace todo lo importante: en el piano ejecuta la melodía; en el violín lleva el arco, que es la expresión; en la esgrima maneja la espada; en la náutica, el timón; en la pintura, el pincel; es la que abofetea en las disputas; la que hace la señal de la cruz en el rezo, y la que castiga el pecho en la penitencia. Iguales disposiciones tiene el pie derecho; si algo eminente y extraordinario ha de ha-